|  |
| --- |
| **De redes y enredos** |
|  |
|  |
|  |
|  |
| 03 / 2006 |
| “Uno de mis compañeros de promoción se enredó con una chica”, me dijo mi interlocutor con tono severo y ceño fruncido. Y añadió: “ella quedó en cinta”.  Sí, pues, uno se enreda.   Aunque, pensándolo bien, no entiendo por qué razón empleamos ese término, “enredarse”, cuando nos referimos a una relación que no termina positivamente o que trae demasiadas complicaciones.   Claro, la palabra tiene un no sé qué de entrampamiento, de empantanamiento. Es difícil no pensar en esas escenas de películas de aventuras en las que alguien avanza raudo hacia alguna meta esperada o escapa de algún peligro y, súbitamente, se da cuenta de que se ha metido en arena movediza. En los primeros segundos uno siente que podrá salir con un esfuerzo intenso y concentrado, pero pronto se da cuenta de que no es así, de que, al contrario, se está hundiendo más. Y entonces viene la mirada de terror hacia los costados, esperando que una rama milagrosa o la llegada in extremis de los buenos ponga fin a la tortura.  La otra imagen que nos viene a la mente es la de los finos hilos que las arañas tejen sin esfuerzo, hasta que dejan de moverse y se sitúan en un lugar de esas formas hermosas y transparentes que son las telas –en realidad son redes- para esperar que caiga una víctima. Lo mismo: primero uno reacciona con ímpetu y luego, más o menos rápidamente, pierde capacidad de movimiento y se acabó. Ya fue.  ¿Hay relaciones así? Claro, sin duda. A veces nos emboscan, nos seducen, nos atraen y nos usan. Pero, seamos francos, para bailar tango se necesita a 2 y somos nosotros mismos los que muchas veces nos involucramos sin medir las consecuencias. Jugar al gato y al ratón sin saber nunca a ciencia cierta si somos el gato o el ratón – además ya sabemos quién la pasa mejor entre Silvestre y Piolín- parece ser un valor añadido más que un demérito en las relaciones humanas, salvo para los excesivamente cautos y formalitos.  Pero hay otra cosa. Las metáforas anteriores apuntan a alguien que “cae” – esa palabrita con connotaciones teológicas, ¿acaso Adán y Eva no “cayeron” y nos arrastraron con ellos para siempre?- en las redes y, cual pez, termina pescado y luego frito.  Y no, queridos lectores, nunca estuvimos fuera de la red. En realidad los seres humanos nacimos enredados. Enredados en el deseo compartido de nuestros padres, que a su vez se mueven en las redes de sus familias originales y van tejiendo una nueva red con nosotros; el todo dentro de redes de costumbres, rituales, ideologías, compromisos, alianzas. Y seguimos enredándonos hasta que no queda nada de los enredadores, salvo los trazos de sus redes.  No, no hay un antes del enredo y un después del enredo. Lo que hay es enredos que valen la pena y otros que no. |
|  |